

Delma T. Martín

QUIÉN HABITA LA CASA



© Editorial Independiente

© Delma T. Martín

Bolg: <http://delmatmartin.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/DelmaT.Martin>

Instagram: @delmatmartin

Segunda edición corregida y ampliada: marzo, 2020

Imagen de portada: Marta Montiel ©

Cubiertas: Juan Carlos Martínez y Mar Creativos ©

www.marcreativos.com

Corrección: Pedro J. Plaza González

Editorial Independiente

Ediciones Literarias Independientes, S.L.

www.editorialindependiente.com

ISBN: 978-84-947841-6-3

Depósito legal: MA 205-2020

P.V.P: 15,00 €

Impreso por: Publicep IdPrint

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total y/o parcial de este libro por cualquier medio sin la previa autorización por escrito de los propietarios del *copyright*.

1

Era septiembre, pero no era un día cualquiera. Era, concretamente, el aniversario de aquel aciago suceso: otro día más lleno de desasosiego y malos recuerdos. Con el tiempo, la casa se le había quedado demasiado grande; ya solo quedaban Nehanda, el ama de llaves —que ni recordaba cuánto tiempo llevaba allí—, y ella.

Aún era de noche. A su edad, el sueño era una de tantas cosas que había perdido a lo largo de su vida. Dormir ya no era una necesidad y la mala conciencia no era una buena compañera en aquellas oscuras horas. Tampoco los sonidos que llegaban a su dormitorio ayudaban. Estaba rodeada de habitaciones vacías y solitarias, llenas de extraños ruidos. Algunas veces se trataba solo del sonido de las ramas que, movidas por el viento, pegaban contra los cristales; otras veces eran chasquidos, crujidos, puertas que chirriaban solas. «Los ruidos normales de una casa vieja», habría dicho cualquier especialista al que hubieran preguntado; sin embargo, ella sabía que había más. Muchos más. Gemidos, lamentos, llantos, suspiros... Se había acostumbrado a vivir con ello: con libros que caían de las estanterías, con cajones que se abrían y cerraban, con luces que se apagaban o televisores que se encendían solos; y, aun sabiendo que ese era su castigo, ya estaba cansada. Eran muchos años cargando con un error. Un error tan grande, tan atroz, que nunca la dejaría volver a reconciliarse con la vida, que nunca la dejaría vivir en paz. Quería morir, morir tranquila, aunque sabía que eso no sería ya posible. Llevaba muchísimos años guardando el secreto, y así tenía que seguir hasta el fin de sus días; sin embargo, eso no significaba que tuviese que morir sola.

«Sí, ya sé que no estoy sola», pensaba. «Sé que Nehanda está conmigo, pero esa vieja loca no ha abierto nunca la boca, ni siquiera sé, en realidad, cómo es su tono de voz. Cuando pedí un ama de llaves a la agencia, jamás imaginé que me la mandarían tan pronto. Había dejado dicho claramente que le dieran la llave y que entrase sin llamar, ¡maldito día y maldita suerte! Estaba bañando a mi niño en la bañera y, como siempre, lloraba porque no se quería lavar. Se quejaba, gritaba. Me estaba desquiciando los nervios. No aguantaba más, y lo hice callar. Lo metí bajo el agua. Pataleaba, me arañaba con fuerzas. Nunca pensé que un niño de apenas cinco años pudiera tener tanta fuerza. Pero yo no quería matarlo, de verdad que no quería, solo deseaba que se estuviese quieto, en silencio... ¡Maldito niño, cállate! Y así lo hizo.

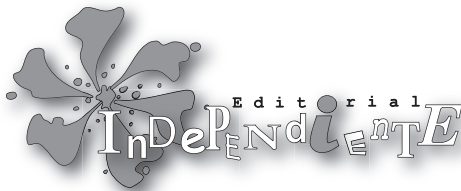
»De repente, dejó de patalear. Dejó de arañarme. Dejó de moverse. Tenía los ojos abiertos, cristalizados por el pánico, como si el pobre estuviera mirando al mismo demonio. Los tenía clavados en mí. Parecía un muñeco de porcelana con su piel blanquecina y sus ojos vítreos. Me quedé observándolo, totalmente inmóvil. Entonces escuché un grito comprimido. Miré hacia atrás y allí estaba Nehanda, estupefacta. No podía permitir de ninguna de las maneras que hablase. La agarré por el pelo y la empujé tan fuerte contra el quicio de la puerta que perdió el conocimiento. Luego, aprovechando su estado de inconsciencia, le corté la lengua: así nunca podría contar a nadie lo que acababa de ver. Aún me pregunto por qué se quedó aquí, conmigo. Nunca lo comprendí. Ninguna persona es tan estúpida como para creer en sandeces, aunque debo admitir que supe cómo convencerla. Lo que sí tengo que reconocer es que es muy buena cocinera. No obstante, la muy idiota no quiere hablar conmigo, no quiere cruzar ni una sola palabra. Parece que le hubiese comido la lengua el gato —rio al darse cuenta del chiste que, sin querer, había hecho—».

Los primeros rayos de sol comenzaron a colorear el cielo de una bonita escala de naranjas y rojos. Las sombras eran arrancadas sin compasión de las paredes y con ellas también los malos pensamientos se marchaban. Sonrió. Desde hacía un tiempo, una idea le rondaba por la cabeza. Estaba claro que su niño no podía quedarse solo en la casa, y ella no viviría mucho más. Necesitaba gente joven, alguien que pudiera cuidar de su pequeño para que no se sintiera solo. El día que ella ya no esté, debería haber alguien que cuide de su casa, que viva con ella hasta el fin de sus días, ¿pero quién aceptaría algo así? Llevaba varios días abstraída en su propio mundo hasta que, de pronto, esa idea que pululaba por ahí fue cogiendo forma.

—¡Ya lo tengo!

Delma T. Martín

QUIÉN HABITA LA CASA



Nota

El libro en su formato de papel se encuentra en su segunda edición y consta de 142 páginas.